

CÁRMEN
Ó
BATALLAS DE LA VIDA

POR

Márcos F. Arredondo



BUENOS AIRES

Imprenta "Rápida" y Encuadernación de Cosme Mariño, Perú 265

1890

CÁRMEN

O

BATALLAS DE LA VIDA

POR

Marcos F. Arredondo



BUENOS AIRES

Imprenta «Rápida» y Encuadernación de Cosme Mariño, Perú 265

1890



CÁRMEN

ó

BATALLAS DE LA VIDA



CAPÍTULO I

UN HOGAR FELIZ



La escena pasa en Buenos Aires.

Elena era una niña casta y pura como la blanca azucena dentro de la verde mata que nace al pié de una añosa encina.

Los embates de la vida, desatados cual furioso vendabal, no habían conseguido sinó estrellarse en aquel espíritu de bronce, cincelado por la mano del Creador, que había hecho de aquella hermosa criatura, una de sus más perfectas y acabadas obras.

De ojos azules como el cielo purísimo de nuestros días de primavera; blando y reluciente cabello caído en caprichosos cadejos cual si fuera lluvia de ar-

gentífero oro; seno turjente, flexible y elegante talle, Elena habiase conquistado el justo nombre de hermosa entre la nube de almibarados donceles que asediándola cual moscas al rededor del codiciado panal, cifraban su dicha en una sonrisa de sus labios de púrpura ó una tierna mirada de sus ojos de huri.

Pero Elena no había despertado aún del hermoso sueño de la pubertad al salir de la infancia y su corazón permanecía indiferente á las asíduas manifestaciones amorosas de que la hacían objeto con gran pesar y disgusto suyo.

Aquel corazón de mármol, cerrado cuidadosamente por su dueña á los bruscos ataques de que era predilecto blanco, latió indiferente al ver postrados de rodillas á los que, arrastrados por el fuego de una pasión matadora, provocada por los atractivos irresistibles de aquel incomparable conjunto de belleza humana, iban humildes y amorosos á sacrificar su orgullo en aras de quien hasta el momento en que la presentamos á nuestros lectores, habia sumido en la desesperación y la ira á los que demasiado osados se aventuraban á lanzarse en las doradas redes de su cautiverio, esperando pacientes el momento en que serían dueños de tanta belleza y candor.

Pero el corazón humano es débil, y el de Elena sucumbió después de luchar desesperadamente para caer en poder del hombre que había sabido conmo-
verle.

Cárlos Durs, distinguido joven, perteneciente á una familia de regular fortuna y pero altamente colocado

en nuestra aristocrática sociedad, era el nombre del afortunado galán que había conseguido, á costa de perseverancia y sacrificios, posesionarse de aquel corazón que, igual á un inexpugnable baluarte, supo mantenerse, siendo la meta de la felicidad para los muchos que aspiraban á tomarlo por asalto.

Joven, hermoso, aunque no dueño de una gran fortuna, que le permitiera satisfacer los caprichos de su loca fantasía, deslumbró á Elena que cual inocente paloma cayó en las amorosas redes tendidas por su hábil cazador.

Desde aquel momento la lijera y voluptuosa niña, verdugo adorado de los que aspiraban á su cariño, se trocó en la esclava de su pasión.

Había encontrado en el corto camino de su vida, al hombre que llenó todas las fantasías de su imaginación creadora, dejando de ser la niña coqueta é irreflexible, para convertirse en la grave y circunspecta mujer, que estúdia el más grave problema de su vida.

Elena había caído, sin darse cuenta, presa en las redes tendidas por su imprudencia, cuando segura de su dominio sobre sí misma, miraba con irónica sonrisa desfilas delante de sí una nube de pretendientes que la asediaban, lleno el corazón de deseos, y el alma de risueñas esperanzas.

Pero ya se ha dicho que para Elena no había llegado, hasta entonces, el momento en que abriría su corazón á las dulces expansiones del amor, y cuando comprendió que amaba, lloró y lloró amargamen-

te porque temió que el objeto de su casto y puro amor, no correspondiera á lo inmenso de su pasión.

Reciën entonces, aquella frágil y juguetona niña, que había destrozado una á una las fibras de tantos corazones, que se rendían á ella, implorando una sonrisa, una lejana esperanza, comprendió cuan grande y cuan sublime es esa llama santa que arde en el corazón humano, al leve soplo de la pasión, y se arrepintió de su crueldad para con los que lloraban su ingratitud, consolándose con la imágen de su persona grabada en la mente con sangre de sus heridos corazones.

Los padres de Elena, amaban demasido tiernamente á su adorada hija, y la nueva de su próximo enlace con un jóven que, si bien de humilde fortuna, llenaba las exigencias de la más refinada caballerosidad, produjo en sus ánimos un júbilo inmenso, aparte del egoismo de padres, y padres cariñosos, que les hacía imaginar que el hecho de separarse la hija querida, de las afecciones que hasta entonces la habían prodigado con tanto cariño, para seguir al hombre elegido de su corazón, importaba la suerte de aquel sér que siempre fué el objeto mimado de su amor de padres.

Ellos se habían casado jóvenes, y aún cuando la nieve de los años había emblanquecido sus cabezas venerables, el fuego del amor con que siempre se correspondieron, no se había extinguido aún en sus corazones nacidos para amarte uno á otro.

Cuando Elena, fruto de aquel santo y puro amor,

vino á estrechar aún más, si era posible, el lazo de sus afecciones, desde ese momento no vivieron, sino para su hija y para amarse.

Don Juan de Caposuca, que este era el nombre del padre de Elena, fué siempre un hombre querido y respetado en esta ciudad, y esas circunstancias hicieron que su familia fuera igualmente considerada en el seno de la sociedad más distinguida, que era á la que frecuentaba don Juan.

Doña María del Castillo, señora sencilla, de sólida y vasta instrucción, por su carácter de mansedumbre, sanos y nobles sentimientos, y por ser la madre de las lágrimas y refugio de los desamparados, había conseguido educar á su hija en los límites de la más estricta fe en Dios y consagración al hogar, cualidades que hacían de Elena fuera una excepción, pues con la misma facilidad que preparaba una sabrosa humita en chala, plato predilecto de los autores de sus días á quienes quería entrañablemente, daba realce y elegancia á la mas delicada joya de arte, en materia de modas.

En los momentos en que la severa vigilancia materna permitía á la enamorada pareja sellar con un suave y delicado ósculo, ese lenguaje mudo del amor, como dicen los poetas, el juramento hecho de corresponderse mutuamente, y primeramente morir ántes de consentir no ser el uno para el otro, Elena decia á su adorado Carlos.

—¿No sabes que hoy me han reñido papá y mamá?

—Si tu no me lo dices querida, comprendes qué debo de ignorarlo y si tampoco me revelas la causa, ¿he de adivinarlo yo?

—No te alarmes, Cárlos; yo jamás seré causa de un disgusto á mis padres que tanto me quieren.

—¿Y que es entonces lo que ha motivado el que me dices han tenido contigo, hasta el punto de reñirte? habla Elena.

—Ah! si es muy chistoso. Figurate; dicen que yo los voy á olvidar una vez que el santo cura bendiga nuestra unión.

—Por ese lado, contestaba Cárlos, dibujando en sus labios una lijera sonrisa, pueden estar tranquilos, pues creo, en vez de lo que ellos temen, que sucederá lo contrario, siendo dos los hijos amorosos quienes se disputarán su cariño.

—Yo no les hago caso. Me quieren demasiado para dudar que no sea otra cosa que un exceso de cariño la causa de esos temores. Olvidemos eso y ocupémonos de nosotros.

—Qué será ménos enojoso y de mejor provecho ¿no es verdad?

Y ambos prorrumpían en estrepitosas carcajadas.

—El primer fruto de nuestro amor, si es niña, se llamará Cármen, que es un nombre muy bonito ¿verdad Cárlos? decía Elena, después de conjurada la tormenta de celos que amenazaba por el lado del cielo paterno.

—Concedido, contestaba el interpelado, pero debo

advertirte que aún nos faltan tres meses para que se verifique nuestro enlace.

—Tanto! se limitaba á observar Elena.

Y en aquel hondo reproche á la marcha lenta del tiempo que la hacía permanecer alejada del momento en que se ligaría al hombre que constituía su felicidad, mostraba todo lo inmenso de su pasión por Carlos.

Algunas veces, los enamorados jóvenes, cansados de repetirse las dulces promesas de su dicha eterna, caían con frecuencia, llevados por arranques de su imaginación bulliciosa y fantástica, en genialidades dignas de niños mimados y no de quienes se encontraban á las puertas de una vida radicalmente opuesta á la que hasta entonces llevarán.

—Cuando nos casemos, decía Elena, y ya nuestra Cármen principie á balbucear las primeras palabras que yo le enseñaré; cuando diga con su adorada media lengua ¡papá! ¡mamá!.....¡que feliz voy á ser!

Entonces nuestra casa será un éden.

Tendremos un hermoso jardín, grutas y estanques en los que jugarán caprichosamente los pececillos que los habiten, esperando el diario alimento que yo misma les echaré. ¡Qué dulce y agradable será nuestra existencia, deslizándose tranquila bajo el purísimo cielo de nuestra felicidad común!

La pobre Elena no recordaba que la fortuna de su prometido esposo no le permitiría realizar sus sueños de fantasía y amor.

Se dormía arrullada por las brillantes armonías que

llevaban á sus oídos las melodiosas notas de la orquesta de los enamorados, y soñaba en alas de la imaginación para despertar mas tarde en la triste realidad de su pobreza.

Pero era feliz y Cárlos no quería turbar sus sueños de dicha, haciéndole comprender lo descabellado de sus proyectos.

Transcurrió el tiempo, acercóse el ansiado día sin que nada viniera á contrariar las intenciones de los enamorados jóvenes.

Por fin el dedo de Dios señaló la hora tan impacientemente esperada, y Cárlos y Elena vieron en un momento cumplidos sus amorosos deseos despues de haber jurádose fé eterna en el altar que la religión cristiana ha elevado al hombre que sacrificando su preciosa existencia, redimió á la humanidad.

Fueron esposos, y esposos amantes.

Ni una ligera nubecilla vino jamás á empañar el cielo azul de la dicha en que vivía el uno para el otro, amándose mutuamente.

La marcha monótona del tiempo no señaló en la existencia feliz de aquellos dos seres, ni un ligero punto negro que diera márgen al más leve disgusto, y por el contrario, él vino á ligarlos más íntimamente, creando entre ellos un lazo más fuerte y más dulce,

Elena iba á ser madre.

Aquella mujer que había anhelado entrañablemente el nombre de madre, por fin iba á ver realizados sus más fervientes deseos, por fin llegaba á la meta de sus ambiciones de mujer.

La fausta nueva llenó de júbilo aquel hogar tranquilo y feliz, y tan grato acontecimiento fué causa para que la futura abuela pensara maduramente sobre el porvenir que le reservara el destino al aún no nacido nieto.

Todo era alborozo y contento en el seno de aquella familia.

Cada uno de los que la componían, trataba por su parte de contribuir con su óbolo de alegría.

Siguió el tiempo su curso sin que viniera á alterar la paz y la felicidad que allí reinaba.

Cárlos siempre era el esposo amante y cariñoso, mientras Elena, rodeada de aquella atmósfera de felicidad, compartía su cariño de hija y de esposa, entre sus ancianos padres y su querido Cárlos.

Una noche en que parecía la naturaleza agitaba con su propia mano, las cataratas del cielo arrojando torren-tes de lluvia que convertían en lagos las calles de la ciudad y en que el viento silbando con furia hacia de aquella noche una de las más tempestuosas, porque hasta entonces se había pasado, Elena sintióse enferma con los precursores dolores de parto, dando á luz una hermosa y robusta niña que cual esperado Mesías había de ser el idolo ferviente de aquellos amorosos padres y la protagonista de esta desatinada pero verídica historia.

Como Elena lo había significado constantemente, la recién nacida llevó el nombre de Cármen siendo ella desde entónces el lazo que mas fuerte ligara el destino de aquellos venturosos esposos.

Los primeros años de nuestra protagonista pasaron sin que nada extraordinario ofreciera, digno de preocupar la atención de sus padres que vivían consagrados á ella y para ella.

En las apacibles noches de primavera, cuando la luna destacándose en un cielo puro y azul, el blando céfiro lamiendo perezosamente los cadejos de sus rúbios cabellos caídos en caprichosos torrentes sobre su tersa frente, Cármen se entregaba á los halagos de sus juegos infantiles, Elena la contemplaba extasiada y se sentía orgullosa al ver aquel conjunto de hermosura que corría hacia ella presurosa á depositar un ardiente beso de sus lábios de rosa, en las mejillas un tanto demacradas de la madre que desde algún tiempo sentíase desfallecer sin que nada hiciera sospechar en ella lo amargo de sus padecimientos.

—No sé decía algunas veces Elena á su esposo, porque este cruel presentimiento; no sé porque mi corazón de madre me dice que mi hija será desgraciada.

—Tonteras y bien infundadas, contestaba sonriéndose Carlos ¿De manera que según tú, todos los niños que nacen en noche de borrascas como lo era aquella en que nació nuestra Cármen, serán necesariamente desgraciados?

—¡Qué quieres! Seré todo lo necia que te imagines, pero yo tengo en mí ese amargo presentimiento y nadie ni nada, me sacará de él.

Mientras tanto Cármen, la niña objeto de los solícitos cuidados y dolorosos sinsabores de aquella cariñosa madre, se desarrollaba ofreciendo ser una mujer de-

talento, de inteligencia despejada al par que de una hermosura angelical.

Su larga y reluciente cabellera suelta á merced del viento que la separaba en preciosos rulos, sus ojos azules como el cielo despejado en una noche de estio; su talle flexible y elegante, su pié diminuto y primorosamente calzado, su nariz recta, sus labios de rosa tras de los cuales se dibujaban dos hileras de preciosísimos dientes, hacían el raro conjunto en aquella niña de una de esas bellezas ideales que nos cautivan, nos extasian y que al tocarlas, desaparecen por que no son sinó las locas fantasias de un sueño forjado por una imaginacion brillante.

Así se nos presenta Cármen; radiante de hermosura y juventud en el momento en que la abandonamos en el presente capítulo para ofrecerla á nuestros lectores en el transcurso de esta pobre obra, como la protagonista que con su vida airada y turbulenta nos ha dado tema par hacer nuestros humildes ensayos literarios que no tendrán otro mérito sinó el de ser ellos de un niño que al abandonar el regazo materno, empuña la pluma con anhelo para emprender la difícil tarea de escribir al público.



CAPÍTULO II

DIEGO

—

En una casa de humilde apariencia, situada en uno de los barrios más apartados de la ciudad, hacia el norte, vivía, en la época en que principia nuestra verídica historia, la familia de D. Leoncio del Pilar, persona muy respetada pero sin cuarto, compuesta de éste, su señora esposa, doña Brígida Argüelles y un hijo de ambos, de temprana edad, cuyo nombre es el mismo que nos sirve de título al presente capítulo.

Era Diego muchacho de precoz inteligencia, pero que hasta entonces no había demostrado emplearla, sino en todo aquello que estuviera reñido con la bondad y mansedumbre de sus padres que se afanaban por sacar de él un muchache de provecho, como decía el bueno de Don Leoncio.

Pero Diego no entraba por aquella senda de estricta honradez porque aspiraban conducirlo los autores de sus días. Él se amoldaba á las exigencias todas del celoso cuidado de don Leoncio y doña Brígida, cuando ellas no pasaban los límites que

su propensión al libre albedrío le había hecho marcar. Callaba resignado cuando la justicia materna descargaba sobre él alguno de aquellos sermones de padre y señor mío, como maliciosamente los llamaba, pero vuelta el alma al cuerpo, después del susto, Diego volvía sobre sus pasos, avanzando cada día en el camino de su perdición, sin que poder humano fuera capaz de desviar aquel espíritu nacido para el mal.

Don Leoncio sufría amargamente, cuando alguna nueva queja venía á aumentar el largo catálogo de las que originaba su hijo Diego con sus desmanes y travesuras; esperando que la edad más adelante ejerciera una saludable influencia regenerándolo, haciendo del muchacho un hombre de provecho.

—Todavía, solía decir don Leoncio á su consorte, has de ver á nuestro hijo convertido en un hombre útil á Dios y á la sociedad; todavía antes de bajar nosotros á la tumba, nuestro Diego nos ha de proporcionar el indecible orgullo de verlo figurar en la política, siendo un caudillo prestigioso ante cuyo solo nombre los gobiernos han de temblar, porque no hay dula: el muchacho es de clara inteligencia y perspicaz.—Ya verás; deja que sea hombre.

Pero estas risueñas esperanzas, muy justas en un padre, cuando se trata del hijo querido, parecía que estaba don Leoncio condenado á no verlas jamás en su hijo, pues el inteligente Diego, lejos de dar pruebas de su regeneración, cada vez seguía más y más decidido en su camino de perdición á medida que avanzaba en edad.

Por una parte su natural inclinación al mal, y luego esas temibles juntas de amigos poco escrupulosos, en compañía de quienes emprendía las escursiones de decidido calavera, habían engendrado en el ánimo de aquel niño, nacido tal vez para el bien, si sus padres hubieran inoculado desde temprana edad en su alma los sentimientos nobles de que ellos se hallaban poseídos, la funesta semilla que más tarde daría por fruto la cárcel ó el banquillo, y que el no alcanzaba á distinguir.

Diego estaba llamado á cubrir de luto y de dolor el corazón de aquellos padres bondadosos y ejemplares que, llevados de un excesivo mal comprendido cariño, habían, sin sospecharlo, contribuido á su perdición inevitable.

Aquel niño, cuando habituado á la vida de relación, en cuya atmósfera respiraba las miasmas fétidas del vicio, que habían corrompido su alma joven, hubo perdido el escaso respeto que sentía por los autores de sus días, y éstos, sin recursos, no pudieron darle todo el oro que él deseaba para satisfacer sus apetitos desordenados, se mostró con toda la insolencia que había ocultado bajo el manto de la hipocresía, apareciendo como manso corderillo, cuando sus instintos y sentimientos eran los del cruel y sanguinario lobo, y entonces, salvada la valla que detenía sus inclinaciones, se lanzó, cual furioso torbellino, en el mar de pasiones insanas, que rujía dentro de su pecho.

Ya no hubo consideraciones que lo detuvieran en la senda de su perdición.

En vano fueron las lágrimas de aquella desconsolada madre, sin más culpa, que idolatrar al hijo de sus entrañas; inútiles las amonestaciones y las amenazas de don Leoncio, que luchaba desesperadamente por separar á aquel hijo, del abismo á que lo veía precipitarse.

Diego, siguió sereno y tranquilo la senda de su ruina, sin preocuparse gran cosa de la suerte que le deparara su fortuna, convertido el niño en hombre, sus pasiones fueron más intensas, sus instintos más depravados, y sus sentimientos más endurecidos.

Hacia poco tiempo, sus desventurados padres, habían bajado á la tumba sumidos en el dolor que la desordenada vida de aquel hijo cruel y malvado, les había producido, amargando los últimos años de su ancianidad.

Sediento de dinero con que atender los vicios á que rendía ferviente tributo, acudió un día á sus padres ancianos y achacosos, que no pudiéndoselo dar, vieron levantar sobre ellos la mano del hijo criminal, para azotarlos.

Ya no había nada que lo detuviera en su ceguedad.

Las lágrimas de sus ancianos padres, no habían conmovido su corazón de granito, y así pudo oír indiferente la tremenda maldición que sobre él hecharan sus desgraciadas víctimas.

—¿Porque no me dan dinero sino quieren que los maltrate? les había dicho.

Y el dinero que ese mónstruo pedía para sus di-

lapidaciones, hacia mucho tiempo faltaba en aquel hogar para atender las más premiosas necesidades de una vida miserable como la llevaban esos dos mártires de su cariño á un hijo indigno de merecerlo.

El jamás había aprendido á ganarlo con el fruto de su trabajo honrado, y sin embargo, había arrojado al fango de la miseria, á esos séres víctimas de su debilidad y condescendencia.

Principió, primero, por arrebatarle los escasos ahorros acumulados en muchos años de constantes economías, y que debían constituir el caudal de su fortuna, más tarde; cuando hubo agotádolos, les exigió las escasas joyas, que algun valor material tenían, terminando, despues, por obligarlos á vender su pobre casa, esa casa en que había pasado los primeros años de su infancia, cuando aún era una esperanza y un orgullo de sus desgraciados padres.

Naturalmente; su petición encontró la resistencia que era lógico esperar en quienes; ya ancianos y sin fuerzas para contrarrestar los embates de la vida, temían encontrarse un día sin un albergue donde ir á dar descanso á sus mutilados miembros.

Pero Diego no se limitó entonces á solicitar lo que ya era una necesidad imperiosa, si había de dar satisfacción á sus inclinaciones y asquerosos vicios, sino que llegó una vez en que, cegado por la ira, se arrojó desesperado sobre los autores de sus dias, maltratándolos desapiadada y brutalmente.

Aquel hijo inhumano tenía necesariamente que purgar su enorme delito ante el tribunal de Dios, ya que

la justicia de los hombres no haría nada, desde el momento que sus padres permitieron ocultar su desventura, antes de acusar á aquel hijo, causa de sus desgracias, pero á quien amaban tanto más, cuando veían el desastroso fin que necesariamente tendría.

—Te perdonamos hijo maldito, le habían dicho, la ofensa que haces á nuestra ancianidad; que la justicia de Dios no descargue un día sobre tí su justa ira. Precipita nuestra muerte ya que de ese modo serás feliz.

Lejos de oír las amargas quejas que aquellas palabras encerraban, Diego se apresuró á cumplir sus deseos y en pocos días la casita humilde, aquella que había pasado la primavera de su vida, pasó á ser propiedad de un usurero que adelantó una mezquina cantidad de dinero para que Diego cumpliera sus compromisos de tapete.

El triunfo que alcanzó con aquel miserable puñado de oro fué increíble.

Su primera preocupación fué la adquisición de elegantes trajes que le permitieran alternar con el gran mundo social, del cual se encontraba alejado desde que el estado de su fortuna le había obligado á llevar su capa un tanto raída, su levita lustrosa y con notoria patente de uso excesivo, sus delustrosos botines, porque debemos advertir que nuestro héroe, una vez que se dió cuenta de su inteligencia y del fruto que podría sacar de ella, su principal preocupación fué borrar sus huellas del pasado, que lo hacían aparecer como pillo de baja estofa para convertirse en uno de

esos bribones dorados que deslumbran á la sociedad y que esta los acepta sin preguntar de donde vienen cuando se presentan correctos y derrochando oro.

Diego, pues, hizo su entrada triunfal en la alta sociedad fingiéndose dueño de una fortuna que estaba muy lejos de poseer, y desde ese momento fué el niño mimado de los que como él, vivían á costa de una reputación y decoro que ya habían perdido.

En aquella alma pequeña, estraña á todo sentimiento noble, no podían albergarse sinó instintos de fiera, y por eso, vimos á nuestro flamante dandy, ahogar dentro de su pecho los gritos de su conciencia que le llamaba parricida.

Frecuentó los teatros, fué el asiduo asistente á los garitos de alto tono, donde los esposos, padres y hermanos, pierden sus fortunas, cuando no juegan la honra de sus mujeres, hijas y hermanas, y ¡cosa increíble! parecía que la fortuna, antes tan adversa, hubiera únicamente esperado cometera aquel malvado la ruin acción que había llevado á la tumba á sus desgraciados padres, para conciliarse y prodigarle sus favores.

Diego fué el hijo favorecido de la diosa ciega, y sus atrevidas aventuras hicieron del ántes ignorado pillete, uno de los mas temibles tenorios, constante perseguidor de honras ajenas y enemigo declarado de la virtud.

Fué en estas condiciones que en una de sus frecuentes correrías, cuando mas entusiasmado se hallaba por sus recientes triunfos, nuestro héroe sintiera he-

rido su seco corazón por la pasión que una niña encantadora había hecho nacer en él.

Era una noche en que nuestro hermoso coliseo de la calle Corrientes, abría sus puertas para que la sociedad porteña aplaudiera á una de esas errantes estrellas del teatro moderno.

La Patti, aquella noche dejaría oír su voz de ruiseñor en «*El Barbero de Sevilla*», esa magistral partitura en la que la egrégia artista cuenta sus mas decididos triunfos por el número de veces que la ha cantado.

Diego fué el asistente obligado de aquella función á que acudía la *crème* de nuestra sociedad.

De correctas y distinguidas maneras, elegante en su vestido y en sus modales, tenía un raro ascendiente en el mundo femenino y no pocos padres de esos que en todas partes abundan, y que no miran en sus hijas sinó un artículo de especulación, veían en el elegante Diego un partido de no despreciar para sus hijas casaderas.

Pero Diego aquella noche permaneció indiferente á las constantes insinuaciones y almibaradas frases de muchas hermosas.

Parecía que una idea tenía preocupada su imaginación que no se apartaba un momento de su cérebro convertido en volcan.—Se sentía inquieto, fatigado, huraño, él que siempre había sido la alegría, el bullicio en persona.

Pero cualquiera que hubiera deseado penetrar en aquel caos de ideas que ajitaban su mente, oculto por

el oscuro crespón del misterio, habría adivinado la causa que lo motivaba.

Diego, que siempre había hecho gala de permanecer mudo á los halagos que le brindaba su posición en la sociedad y las mujeres hermosas; él que había jurado guerra á muerte al matrimonio y declarado invulnerable su corazón á toda pasión, estaba perdidamente enamorado!

En el primer momento de sentir el fuego de la pasión que lo devoraba, léjos de preocuparle, lo acogió con el mismo desden, la misma frialdad, el mismo indiferentismo con que había aceptado esas conquistas, tanto mas fáciles y frívolas, cuanto que con un miserable puñado de billetes de banco se cuentan, figurando en ellas como protagonista.

Pero á medida que el tiempo pasaba y mayores obstáculos encontraba en el camino de lo que él llamaba su dicha, más intensa era la llama del amor que ardía dentro de su pecho.

Vivía para el objeto de su amor y sin él era imposible su existencia.

Había jurado el firme propósito de hacer suya aquella preciosa deidad y era necesario salir airoso en la difícil partida en que se hallaba empeñado.

.....

Pero retrocedamos algun tiempo la narración de nuestra obra, si hemos de llegar triunfantes á su desenlace.

En una de esas noches en que nuestro héroe acudió á esas reuniones de la aristocracia porteña y que

ya hemos descrito en el presente capítulo, cuando mas abstraído se hallaba, extasiado su espíritu en las sublimes notas arrancadas de aquella garganta de oro, como han dado en llamarle los hombres amantes al vil metal, á la garganta de Adelina Patti, un amigo de Diego, Alberto de Fuencarral, que se hallaba á su lado en el mismo palco, no pudo ménos que lanzar una exclamación de asombro al mirar frente á ellos á una niña deslumbrante de hermosura, que candorosamente habia asestado sus gemelos en la misma dirección en que ellos se encontraban,

Diego volvió en sí del ensimismamiento en que se hallaba y deseoso de inquirir la causa del asombro de su amigo y una vez satisfecha su curiosidad, no pudo menos que exclamar:

—¡Qué hermosa criatura!

—¿Sabes quién es?

—Eso mismo me pregunto yo, contestó Alberto. Hace un momento al mirar distraído, buscando caras conocidas, tropecé con ella, que al parecer mirábanos á nosotros.

—Es extraño, agregó Diego, que no la conozca, cuando muy pocas son las familias con quienes, sino mantengo amistad, al menos no ignoro su historia y su nombre.

—Lo mismo me sucede, objetó Alberto picado en su amor propio de *cicerone*. Por más que recorro mi memoria, no tengo idea de haberla visto nunca.

—Por vida mía, exclamó Diego sonriéndose maliciosamente; estamos aquí como dos noveles, estru-

jando nuestra mente para salir de una curiosidad bien vulgar, cuando es tan fácil dar con el nombre de nuestra bella desconocida.

—Cómo? interrogó ansioso Alberto!

—Pero, querido, ¿no se te antoja que nuestro amigo Chavez nos sacará del apuro?

—¿La conoce acaso?

—Debemos suponerlo así cuando está en su mismo palco.

—¡Chavez! balbuceó Alberto.

—¿Tanto te ha deslumbrado esa encantadora deidad que ya no distingues nada de lo que pasa á su alrededor?

—Pues chico, no mires con demasiada insistencia, que puedes quedar ciego le contestó intencionalmente Diego.

Alberto más tímido ó más estúpido, guardó silencio.

Un momento después, y una vez terminado el primer acto, ambos amigos abandonaron inmediatamente su palco, para dirigirse al gran portón de entrada, donde esperaban encontrar al que habian llamado Chavez, deseosos de salir de aquella duda que los abrumaba.

No les fué difícil dar con el afortunado galán que había estrechado la mano de aquella preciosa niña, aspirando su aliento y contemplando su belleza de querube.

Cuando hubiéronse cambiado los primeros saludos y hablado de cosas indiferentes, por mera cortesía, Diego, afrontando resueltamente á su amigo, le significó sus deseos, pidiéndole los satisficiera.

—Nada más fácil, contestó Chavez, no sin poner de manifiesto el disgusto que le causaba, pues conocía la fama de que estaba precedido Diego y temió justamente por la tranquilidad de su corazón, pues amaba tiernamente á la que era objeto de investigaciones por parte de su aventurero amigo.

—Es la señorita Carmen Durrs.

—¿Donde vive? siguió Diego.

—¡Caramba! me parece que es ir demasiado lejos ¿que interés tiene Vd. en conocer el domicilio de esa niña?

—Desengañarme que existe una familia de la alta sociedad en Buenos Aires á quien yo no conozco, respondió con la mayor naturalidad Diego.

—Ah! si eso es así, no tengo inconveniente en manifestarle á Vd. que vive en la calle de Santa-Fè, pero que no pertenece á la aristocracia porteña, razón porque hasta ahora no habrá tenido Vd. oportunidad de verla.

—Gracias, se limitó á contestar nuestro jóven, agradezco su condescendencia y le ruego no crea una segunda intención en mi pregunta, que puede haber sido indiscreta pero que no lo autoriza para que Vd. despierte sus alarmas de enamorado.

Un lijero rubor cubrió las pupilas de Chavez al encontrarse descubierto, pero vuelta su alma al cuerpo, como vulgarmente se dice, no tuvo inconveniente alguno en aceptar la conversación que se hizo general entre los jóvenes tratando como es de suponerse, so-

bre el ruidoso triunfo que aquella noche importaba para la aplaudida artista.

En aquel momento la campanilla eléctrica del teatro anunciaba el segundo acto del *Barbero de Sevilla*.

Cada uno de nuestros jóvenes se apresuró á ocupar sus respectivos asientos.

Chavez al lado de la encantadora beldad, que tanto habia preocupado á Diego, y éste con su amigo Alberto en el palco que antes ocuparan.

Desde ese momento nuestro protagonista se notó mal. En valde trató de distraer su imaginación, en valde forjó mil proyectos descabellados, empeñado como se hallaba, en olvidar aquel capricho, como él lo aseguraba.

La imágen de aquella encantadora niña, no se apartaba un momento de su imaginación calenturienta.

—Es necesario, se dijo despues de un momento, en que parecía habia librado una fuerte batalla con sus deseos detenidos por una valla que él no veía, pero que adivinaba; es necesario que yo conquiste á esa niña, quiero saber si me amaría, quiero sea mía, porque yo conozco que la amo demasiado para resolverme á perderla, porque ese estúpido de Chavez se interponga entre mi pasión, mi dicha, y sus amores de niño mimoso.

Y en seguida manifestó á su amigo Alberto su proyecto que, escusado es decir encontró este admirable.

Decidido á no dejarse arrebatar tan codiciada joya, una vez resuelto su plan de ataque, dió principio á un fuerte tiroteo de gemelos que sinó dieron el resultado

ambicionado, por lo ménos lo alentaron para seguir adelante en su empresa.

Cármen como la había llamado Chavez, parecía inclinada á corresponder á la curiosidad ó pasión despues varias veces en que éste intencionalmente había mirado hácia otra parte demostrando suma indiferencia al dar vuelta, habíala sorprendido suspensa de él, devorándolo con la vista.

Alentado con este primer triunfo, nuestro ínsigne calavera, con tan buenos auspicios, siguió en su táctica que, necesario es confesarlo, parecía no tardaría en darle ópimos resultados.

Cuando hubo terminado la función y los pasillos del teatro se encontraron llenos de la inmensa concurrencia que se retiraba, Diego se apresuró á colocarse en sitio desde donde pudiera contemplar á su satisfacción, á aquel hermoso rostro de ángel que se atravesaba en su camino.

No tardó en aparecer el refulgente astro, á cuyo derredor giraban tantos satélites, deslumbrando á todos con su angelical hermosura, é inmediatamente se formaron corrillos que se disputaban afanosos el placer de admirar aquel portento de juventud y belleza.

Diego que como hemos dicho, había corrido á un lugar preferente, también tuvo aquella efímera y pasajera dicha, pero ¡como batió su corazón al ver á Cármen, hermosa hasta lo infinito, dirigirle una provocativa y dulce sonrisa que penetró hasta lo mas íntimo de su alma!

Al dirigirse apasionado y frenético á aquel punto de

observación para contemplar á la que había cautivado su corazón, no soñó jamás que tan fácilmente conquistaría esa prueba inequívoca de su triunfo.

Así pues; para Diego fué aquello tan inesperado como agradable.

Consideróse el hombre mas feliz de la tierra.

No pretendió seguirla, pues como su amigo Chavez le había manifestado donde vivía, al día siguiente le sería fácil dar con su domicilio cuando de tarde en su elegante y lujosa victoria, pasára por frente á la casa de los padres de Cármen.

Como si ésta hubiera estado de acuerdo, hacía mucho tiempo ya que esperaba al elegante joven que con tanta insistencia le mirara la noche anterior en el teatro.

Ignoraba quien era, pues no se había atrevido á interrogar á Chavez con quien vió cambiaban el saludo, pero presumía que el hermoso Adonis perteneciera á alguna familia distinguida, y por añadidura opulenta.

El recuerdo de aquel apuesto joven, no se había apartado un momento de su imaginación: lo veía en todas partes, seguirla con amoroso afán, y ella, correspondiendo á su pasión, dirigirle encantadoras sonrisas, capaz de ablandar á un corazón de granito.

Joven, sin noción alguna de lo que es el mundo, llena su mente de doradas ilusiones, el primer hombre que supo explotar su candor é inocencia, fué el dueño de su corazón.

Pero abandonemos por un momento á nuestros enamorados en el presente capítulo, para ocuparnos de ellos en el que les vamos á dedicar.





CAPÍTULO III

.....!

Al final del capítulo primero de esta obra, cuando al anunciar á nuestros lectores que la protagonista de ella sería Cármen, la hija de Elena y Carlos, esos esposos modelo de amor y cariño y que tanto amaban á su tierna hija, la abandonábamos en el momento en que después de salir de la infancia al entrar en es período tan peligroso de la mujer, cuando al abrir recién su corazón á los encantos que ofrece el mundo, le ese tan fácil seguir una huella extraviada haciendo su perdición, ofrecía ser una niña que unía á una hermosura ideal, un carácter noble, atrayente y simpático, que hacía de ella el objeto mimado de cuantos tenían la dicha de tratarla.

Sus padres completamente felices al ver á aquella niña casta y pura, sin más ideas que las del bien y de la virtud, consideraban su dicha como el justo premio á que deben aspirar los que como ellos habían vivido consagrados al bien del que sufría, y á la tranquilidad de aquel hogar, donde jamás nube alguna vino á oscurecer el claro cielo de su felicidad.

Contemplaban á su hija radiante de juventud y belleza, completamente dichosa al compartir con ellos la pesada carga de la vida en este valle de lágrimas y miserias, y al verla contenta y risueña, considerábanse igualmente felices y tranquilos.

Para Cárlos no existía mayor dicha, que la que su amante y tierna esposa le proporcionaba; pues Elena apesar de los años, el frío del tiempo no había apagado en su corazón el santo amor por el esposo querido y el cariño que su Cármen, ese pedazo de su corazón le prodigaba.

Criada con todo el esmerado cuidado de unos padres, que veían en ella el único objeto de su pasión, Cármen se crió lozana, y gentil como la esbelta palmera mecida blandamente por el suave impulso de las brisas de estío, cuando arranca de sus hojas el monótono murmullo que producen entre sí al chocar.

Con una vasta y sólida instrucción, estensos conocimientos en la música y la pintura, Cármen demostró estar dotada de una singular y precoz inteligencia, que robustecida por una imaginación creadora, legado fiel de la turbulenta fantasía de la madre en los primeros años de su juventud, vino á ser más tarde la causa primordial de su perdición.

Desde temprana edad esta niña demostró una afición desmedida por aparecer, por brillar en el gran mundo.

Inútiles fueron las continuas amonestaciones y sanos consejos de sus padres que buscaban, por todo medio, apagar en ella deseos que podrían degenerar

en una pasión de fatales consecuencias, haciéndola ver que los bienes que poseían y que constituían el total de su fortuna, no le permitirían nunca llegar á satisfacerlos.

Cármén demostró que si bien era una niña inteligente y de clara concepción, no era menos enérgica y cuando se proponía una cosa, rara vez la abandonaba sin salir adelante con su capricho.

Alarmados los padres por esas tendencias, que tan perniciosas podrían serle á la hija adorada, no desistieron de su empeño en hacerle comprender lo descabellado de sus propósitos, y lucharon con tanta más energía, cuanto que en ella cifraban su dicha.

Aquello, como es natural, traía preocupados á los bondadosos padres de Carmen, que no desistieron de la lucha empeñada, y en la cual creían salir triunfantes, haciendo volver á aquella niña por la senda del bien y la modestia.

Pero la hija, objeto de tantos cuidados y sinsabores, parecía no dispuesta á renunciar á sus tendencias, hasta el extremo que un día habíales dicho:

—Es inútil que ustedes, padres míos, se empeñen en que olvide lo que ha nacido conmigo, lo que desde el momento en que me di cuenta de la sociedad y lo que para ella importaba el lujo y el oropel, lo amé con toda la pasión de mi corazón joven é impresionable.

Amo al lujo como podría amar á Vds. si no estuviera convencida que su única dicha es saber correspondo al noble y elevado cariño que me profesan.

Soy jóven, soy hermosa, demasiado hermosa quizás, ¿por qué, pues, no puedo aspirar al lujo cuando es tan fácil dar con un marido opulento que satisfaga todos los caprichos y deseos de su esposa, cuando esa esposa soy yo?

Semejantes teorías no pudieron menos de abrir honda pena en el corazón de unos padres como los de Càrmen, que veían, no sin razón, al piè del abismo á la hija que tanto amaban.

Las súplicas, las lágrimas, las amonestaciones duras, nada habían podido contra aquella voluntad de hierro.

Impetuosa en sus arranques de ira, había sabido sin ambargo, dominarse ocultando á su pobre madre todo el ódio que sentía por aquellas que inocentemente eran la causa de sus disgustos y de sus no apagados deseos.

La familia de Chavez, una de las que más íntimamente mantenían amistad con la de Durs, compuesta de una encantadora niña que se llamaba Julia, casi de la misma edad que Càrmen, y un hermano de aquella á quien hemos visto en compañía de esta última en el teatro, eran las primeras víctimas de las iras de Carmen que no les podía perdonar su modestia á la una, y al otro, las pretensiones á llamarse su esposo.

Los padres de ambos jóvenes habían visto con agrado la posibilidad de la unión entre ellos al notar las reiteradas manifestaciones que Eduardo hacía de su amor á Càrmen, y la aparente bondad con que esta la acogía, haciéndoles concebir esperanzas, que no veían

defraudadas por el talento con que Cármen sabia conducirse.

Aborrecía de una manera decidida al desventurado Eduardo, que ignorando todo el ódio de que era objeto por aquella á quien hacia dueña de sus atenciones y habia entregado su corazón, cada día se mostraba más rendido y enamorado, pues ella no podía perdonarle el delito de ser pobre y las pretensiones manifestadas de ser su esposo.

¡Casarse con Eduardo cuando apenas contaba con lo suficiente para mantener con decencia á una familia!

Ella ambicionaba carruajes, teatro, galas, sirvientes con librea y habitar un palacio.

¿Como resolverse, pues, á aceptarlo?

Temerosa de descubrir á sus padres sus sentimientos íntimos, cuando estos creian haber triunfado sobre ella haciéndola olvidar sus proyectos de fausto y de grandezas, seguía atendiendo en sus pretensiones á Eduardo pero no sin dejar una retirada airosa para el caso que ella esperaba de presentarse otro candidato en las condiciones que tanto anhelaba.

Fué entonces cuando una noche accediendo á la insistente invitación de la familia Chavez, fué al teatro y para su desgracia fatal, conoció á Diego.

El joven Chavez que no conocía íntimamente el pasado de Diego ni aun el género de su vida actual, cuando Cármen emocionada por la insistencia con que aquel la mirara, preguntó á Eduardo por el nom-

bre de aquel amigo que con tanta familiaridad lo había saludado.

—Es el joven Diego del Pilar, contestó con indiferencia Eduardo, perteneciente á una distinguida y muy rica familia de Buenos Aires.

—Ah! se limitó á decir Cármen.

Pero en aquella exclamación ¡cuantos sentimientos ocultos, cuantas risueñas esperanzas; que mundo de doradas ilusiones!

En aquel instante, podia decirse, Cármen había firmado su sentencia de muerte.

Por una parte el porte elegante y hasta distinguido de Diego, luego la insistencia que demostraba en agradar á Cármen y por último lo que imprudentemente habíala dicho Eduardo respecto del dorado calavera, fueron causa para influir directamente en el corazón de la joven que desde ese momento se sintió perdida-mente enamorada de Diego.

¡Por fin iba á ver realizados sus dorados sueños de esplendor; por fin la fortuna se apiadaba de ella y ponía en su camino un hombre, que una vez esposo, pudiera sastifacerla cada uno de sus locos caprichos, cada uno de sus deseos!

¿Qué valía Eduardo cuya modestía habia ella siempre repudiado, al lado de aquel elegante joven cubierto de costosos brillantes, y que según lo había asegurado su amante, pertenecía á una riquísima y distinguida familia?

La elección no era dudosa y de ella el que saldría perdiendo era indudablemente Eduardo.

¿Pero qué culpa tenía ella en que fuera pobre y no perteneciera á una familia de la aristocracia como sucedía con Diego?

Ella ambicionaba un esposo que nadara en la opulencia y que le ofreciera todas las comodidades del lujo en que habia soñado vivir, y si Eduardo no se encontraba en esas condiciones, la culpa no era suya.

En aquella cabeza quimérica, cosa estraña, porque siempre habia revelado inteligencia y buen gusto; no cabía la satisfacción de otra pasión que no fuera ver colmados sus desmedidos deseos de lujo y fausto.

Por eso Càrmen sintióse feliz al ver rendido y enamorado á Diego, el hombre que habia soñado.

Cuando hubo llegado á su casa, su corazón latía violentamente al solo recuerdo de aquel hombre que tan hondamente lo habia herido y al cual pertenecía desde el primer momento en que lo conoció.

Por su parte, Diego, impresionado por la gentil hermosura de Càrmen, sintió que el fuego de la pasión devoraba su pecho mudo á todo sentimiento como no fuera el de su perversión.

Se sintió enamorado y capaz de regeneración si aquella niña correspondía á su amor.

—Si ella me ama, se decía, todavía puedo ser feliz, tendiendo un manto sobre el pasado que oculte aún á mis ojos lo feo de mis acciones; oh! si ella me amase!

Y en aquellos momentos aquel malvado que habia visto impasible las lágrimas de su desventurada madre, arrancadas por el dolor y el sentimiento que

le producían sus torturaciones, y la villana acción de su hijo, se sentía como aliviado del enorme peso que agobiaba á su alma corrompida.

Se sentía capáz de ser honrado.

El día que siguió á aquella noche que habia marcado la era de sus padecimientos y sinsabores, porque pasarían tantos seres dignos de mejor suerte, Diego se apresuró á visitar la casa de la que era dueña de su corazón. Ya lo hemos dicho, Carmen esperaba aquella visita; su corazón le decia que Diego iría á adorarla desde lejos, y ella no quiso privarlo de sus deseos.

Desde temprano se le notó violenta, excitada y anhelosa.

El reloj no marchaba con la prontitud que su impaciencia deseaba, y el tiempo parecía que se complacía en mortificarla, haciendo retardar esa ansiada hora en que ella se consideraría feliz.

¡Cuán lejos estaba, la pobre Càrmen, de sospechar que cada minuto que pasaba, era una linea menos que la separaba del camino de su perdición!

Pero ella lo ambicionaba y estaba firmemente resuelta á no retroceder un ápice, fuere cuales fueran los obstáculos con que tropezàra, no ocultándosele que deseando sus padres ligarla por el matrimonio á Chavez, habíanse de oponer á que Diego estrechara relaciones amorosas, ideó ponerse de acuerdo con éste, si se declaraba, sin que los autores de sus días conocieran nada, hasta el momento en que ambos consideraran oportuno su declaración.

Así, pues, dispuesta á ocultarles todo lo que se relacionara con sus nuevas relaciones, esperó ansiosa que Diego se dirigiera resueltamente á ella.

Éste no se hizo esperar, pero como no encontraba medio de hacerlo, apesar de haber transcurrido varios días, que á una misma hora rondaba la casa de Cármen, resolvió dirigirla una carta, concebida en estos términos.

« *Señorita Cármen Durs:*

» Combatido mi pobre corazón por la pasión que
» el fuego de sus ojos y su angelical belleza han sabido
» hacer nacer dentro de mi pecho, solo yo sé
» cuan horrible son mis sufrimientos.

» Desde el momento en que la ví tan bella y encantadora, y más tarde supe las prendas morales que la adornan; sentí nacer dentro de mi pecho
» todo el fuego de la pasión que por Vd. me consume.

» La amo Cármen, la amo; y no sé si este santo amor que Vd. ha sabido engendrar en mí, será correspondido.

» La esperanza me alienta, pero los celos vienen á destrozar mi pecho, haciéndome temblar ante
» la sola idea de que tanto candor y hermosura, pueden pertenecer á otro hombre que no sea yo.

» ¿Corresponderá Vd. á mi pasión?

» Tenga piedad de un pobre loco, pero ámeme y
» la prometo un mundo de felicidad.—Suyo

Diego del Pilar.»

Menos necesitaba Carmen; su corazón voluble y la creencia de que su nuevo amante era un joven distinguido y por añadidura millonario, había hecho en ella que olvidara en un momento á Eduardo á quien en verdad nunca habia amado, y por consiguiente se apresuró á contestar la carta que constituía su inminente ruína, esperando el dia siguiente para que dejándola caer al suelo desde su ventana, fuera á poder del que atormentaba su mente.

Aquella tarde las acciones de Eduardo, se cotizaron con un sensible descenso. Este había dejado de existir para Cármen, que solo pensaba en el nuevo astro que se levantaba radiante en el cielo de su dicha.

La carta, contestación á la de Diego, era toda una declaración bien imprudente, pero no habia influido en ella nadie que no fuera su dueña.

Decía lo siguiente:

- « Caballero:—Si sus intenciones son las que imagino no al tratarse de un caballero, no tengo inconveniente en aceptar su amistad franca y leal, retribuyendo su pasión con la que Vd. ha provocado en mi corazón, virjen aún á las emociones del amor.
- » Deseo por el momento que mis padres no se enteren de nuestras relaciones, y por consiguiente, nos veremos á las doce de la noche al fondo de la huerta de nuestra casa, donde le esperaré

Cármen.»

Esto marcha, se dijo nuestro héroe.

Habrán sonrisas, tiernas miradas, suspiros, luego

besos y la mujer que entrega su boca ¿qué le falta por entregar?

Y aquel miserable se frotó con entusiasmo las manos al considerar seguro un triunfo que no creía fácil conseguir en tan corto espacio de tiempo.

El astuto felino no hubiera alegrádose mas al martirizar entre sus garras al débil ratoncilló.

Diego fué puntual á la cita.

Era una noche hermosa de primavera.

La luna, esa eterna viajera de la noche, con su inmenso disco de plata iluminaba á la tierra impregnada su atmosfera de gratos aromas arrancados por la suave brisa que jugueteaba caprichosamente por entre el verde follaje de los árboles cubiertos de vistosas y odoríficas flores.

La calma reinaba por doquier.

El monótono murmullo de las aguas en los estanques vecinos al lamer tranquilas sus riberas tapizadas de gramíneas color esmeralda; el dulce canto de las aves silvestres al saltar de rama en rama contentas y alegres cantando sus trinos de amor; el perfume embriagador de las flores, pródigas de su exuberante lozania, y allá oculta entre las verdes ramas, la tímida gacela que acude silenciosa á escuchar las frases de amor del hombre que ha cautivado su corazón, era un cuadro digno de una pluma que supiese imprimirle la vida, animación y colorido que á la mía le falta; Cármen palpitante de amor y recelo, al aventurarse en aquella senda cuyo peligro conoció recién cuando hubo estado en ella, escuchó con ferviente pa-

sión cada una de las dulces palabras que cual punzante estileto penetraban en su corazón extraño aún à tan gratas emociones.

¿Supo ella lo que pasó?

Difícil nos sería averiguarlo.

Cuando hubo despertado de aquel hermoso sueño, fué para caer sin sentido en los brazos amorosos del afortunado tenorio.

Un ardiente y apasionado ósculo dado con frenesí en sus labios de púrpura, la volvió a la vida real, implorando à Diego la abandonara.

Este no quiso contrariarla y sumiso y obediente, se apresuró á saltar la tapia abandonando aquel sitio en el que tan feliz había sido.

Entonces, Carmen, pensativa y con vacilante paso, emprendió el camino de su habitacion que muda y silenciosa parecía dirigirle amargos reproches.

Despojóse de sus ligeras ropas y guardó el lecho, presa su imaginación de mil entrecortadas ideas que cual desencadenado torbellino amenazaban romper las paredes de su ajitado cerebro.

No sin trabajo consiguió dominar aquella excitación, coordinando sus ideas y darse cuenta de su situación.

Pero por mas que revolvió en su mente las causas de ella, buscando lo malo que pudiera tener, llegó à esta conclusión.

—¡Que feliz voy à ser!

¿De que otra manera se discurre à los diez y seis años cuando todo se vé color de rosa?

Cuando á la mañana siguiente y á la hora de costumbre se presentó ante sus padres, Elena le dijo.

—¿Te sientes mal, Cármen?

—No mamá ¿por qué?

—Noto tu rostro un tanto demacrado y presumía no estuvieras bien.

Un ligero carmin coloreó las palidas mejillas de la joven.

La investigadora mirada de la candorosa madre notó el rubor que había inundado el rostro de Carmen y así insistió.

—Tú me ocultas algo ¿qué sientes?

La turbación de la niña fué manifiesta, pero no se atrevió á declarar la causa de su malestar y contestó con imperturbable serenidad.

—Te he dicho que nada mamá; si me sintiera indispuesta ¿por qué te lo había de ocultar?

He dicho que no tengo nada y debes de estar tranquila.

Sin embargo, tan franca manifestación no conformó á aquella pobre madre que presentía una desgracia en la reserva de su hija y se fué en busca de Carlos que en el jardín seguía con marcado interés las huellas impresas en la removida tierra por una planta humana.

—Me llama la atención, dijo, cuando divisó á su esposa que adelantaba hacia él, ver estas pisadas que denuncian claramente la presencia anoche de algún ladrón.

Y no se engañaba el desventurado padre; era un

ladrón el que había penetrado hasta allí puesto que había ido á robarle su honra antes pura como un crisol.

Un rayo que hubiera caído á los piés de la pobre Elena, no la habría causado tanto daño como aquella revelación.

Sin embargo guardó silencio.

Al fin era madre ¡pero cuánto sufría aquella mujer!

Sin tratar de desviarlo en la pesquisa que practicaba, Cármen quiso convencerlo de lo difícil de su empresa, pues si álguien había penetrado esa noche, sería un ladrón y seguramente no volvería convencido de lo inútil de su trabajo, á parte del peligro que corría.

—Temo que sea uno de esos ladrones que no roban objetos sino honras, dijo con cierta intención Carlos.

—Preocupaciones ¿No es bastante juiciosa y señorita nuestra hija, para que la ofendamos con esas sospechas tan denigrantes? objetó entre ofendida y sonriente Elena.

—Ah! querida! tu no conoces el mundo como lo conozco yo; á más de que tengo mis sospechas y bien fundadas. ¿No has visto á ese bribón de Diego del Pilar, andar rondando nuestra casa?

—Aquel malvado que tantos sufrimientos proporcionó á sus desgraciados padres, el bueno de don Leoncio y la bondadosa Brigida?

—El mismo.

—No lo he visto francamente, y me alegro de

ello, porque no me hubiera encontrado con él sin disgustarme.

—Pues te advierto que hace días lo he visto pasar con insistencia cuando Carmen se hallaba en el balcón, dirigiéndole miradas furtivas, atraído seguramente por la belleza de nuestra hija.

Aquella inesperada revelación de Carlos, vino á poner en transparencia el mal estar de Carmen que tanto cuidado había tenido en ocultarlo, cuando su madre la interrogó.

Sin embargo, Elena no quiso poner en conocimiento de su esposo, los temores que ella igualmente tenía respecto de la conducta de su hija, pues no se atrevió á darle la gravedad que verdaderamente tenía.

—Esperaré se dijo; asediaré á Carmen hasta que consiga me confiese lo que hay de verdad en esto, y entonces ya veremos el remedio.

Aquella tarde decidió Elena salir á paseo y comunicó á su hija tal deseo, que no puso inconveniente alguno en acompañar á su señora madre, máxime cuando rara vez solía hacerlo.

A la hora convenida de antemano para la excursión de recreo, ambas subieron en un carruaje y se dirigieron á nuestro paseo de moda—Palermo.

Una vez que hubieron llegado, Elena invitó á descender del vehículo á Carmen y asidas del brazo una y otra, se internaron en el laberinto de sus callejuelas cubiertas del verde ramaje de sus hermosos árboles.

Silenciosas y pensativas, marchaban al azar como

tomerosas de dirigirse la palabra, hasta que la primera rompiendo de pronto aquel mortificante mutisimo, dijo resueltamente:

—Cármén, hija mía, tengo que hablarte de una cosa muy seria y que mucho te interesa.

Un ligero estremecimiento sacudió el cuerpo de la joven, al oír aquellas palabras, que no pasó desapercibido para la madre.

Su conciencia culpable la acusaba, y no había tenido el suficiente valor para afrontar el peligro, pero haciendo un esfuerzo sobre sí misma, sin conseguir dominarse, contestó á Elena.

—Dime mamá lo que gustes: te escucho.

Hábreme tu corazón hija querida, vierte en él tus penas y tus lágrimas, que tu madre es suficiente generosa, para perdonar las faltas que tu inocencia é imprevisión, pueden haberte hecho cometer.

Qué has hecho de tu honra y la de tus padres que tanto te quieren, Carmen mía?

Aquella joven de carácter tan duro, aquella niña que un momento antes estaba resuelta á luchar hasta ocultar á su madre la verdad de su situación, no pudo resistir aquel desborde de sentimiento materno, y cubiertos sus hermosos ojos de cristalinas perlas, se arrojó llorando en brazos de Elena que mezcló sus lágrimas con las de su hija angustiada, tratando de consolarla.

Soy culpable madre mía, soy culpable dijo, pero... ¡amo tanto!

—Bien Carmen, haces bien en confesar á tu madre

Las penas que afligen á tu pobre corazón, yo te perdono hija mía, pero es necesario lavar cuanto antes esa mancha.

Tu padre y yo veremos á Eduardo hoy mismo, y le exigiremos el cumplimiento de sus deberes de caballero.

—¡Eduardo! dijo Carmen, pero si no es él el hombre á quien yo amo y á quien le he entregado mi honra?

—¿Y quien es ese hombre? preguntó ansiosa Elena.

—Se llama Diego del Pilar joven muy distinguido, dueño de una cuantiosa fortuna y que me ha prometido ver á vosotros para solicitar mi mano.

—¡Desgraciada! ¿que es lo que dices?

¿Conque no era suficiente que arrojaras á nuestra fáz esa impura mancha amargando nuestra existencia, sinó que habías de ligar á tu debilidad un miserable asesino de sus padres?

—Mentira, mentira, dijo con enerjia Carmen, Diego no es un infame, no es un asesino.

—Ojala hija mia no fuera verdad pero desgraciadamente es asi.

Sin embargo, Cármen dudó de las palabras de su madre. Ella no podía creer de ninguna manera que él hombre á quien tanto amaba y que era dueño de su virtud, fuera un ser despreciable, un infame.

Cármen pensaba en aquella repulsión manifestada por su madre hácia Diego, y creía era hija del odio que le inspiraba su acción, del deseo que tenia de verla ligada á Eduardo; así, pues, su resolución fué inque-

brantable de permanecer fiel á Diego aun cuando tu-
biera que abandonar á sus padres para siempre.

Cuantos hijos, dando rienda suelta y ámplia libertad
á sus pasiones ó al espíritu de independéncia que tan-
to caracteriza á los argentinos, en un momento fatal ol-
vidan sus deberes repudiando á quienes deben el ser
para seguir á un deseo nacido en ellos que los des-
lumbra y los seduce!

Cármen se encontraba al borde de un abismo, y sin
embargo rechazaba la mano que generosa le tendía su
madre para salvarla.

¡Cuántas veces, insensatos, no miramos la senda del
bien y la honradez que nos conducirá al tér-
mino feliz de nuestra vida y nos lanzamos al fango de
la corrupción y el vicio, donde despues nos agitamos
desesperadamente para salvarnos de sus inmundas ga-
rras!

Fuero aquella pobre niña en quien se había explotado
su inocencia y candor, no era del todo culpable, pues
si bien escuchó las falaces promesas de un malvado
que la sedujo, en cambio, un miserable que conocía
todo lo horrible de su pasado oscuro había ido á ella,
atraído por la satisfacción de sus apetitos carnales.

Elena comprendió todo lo grave que era la situación
en que se encontraba Cármen y temerosa de que su si-
lencio pudiera empeorarla ó por lo menos retardar el
pronto remedio, se apresuró á volver á su casa y poner
en conocimiento de su esposo tan delicado asunto.

Durante el trayecto del regreso, la situación fué en
extremo embarazosa para ambas mujeres.

La una cavizbaja, abrumada por el peso de su propia falta, la otra no ménos triste y llorosa ante aquella enorme desgracia, ninguna se atrevió á dirigirse la palabra.

Cuando hubieron llegado y despedido el carruaje que les había servido para hacer el triste paseo, la madre dirijiendose á su hija le dijo:

Espero Cármen que tu conducta no sabrá reagrabar lo delicado de tu situación.

La joven no contestó nada.

Dispuesta como estaba á afrontar las circunstancias como ellas se presentaran, dirijiose á su habitación á esperar el desenlace de los tristes acontecimientos.

Elena aflijida y emocionada fué en busca de su esposo que se encontraba en la huerta.

¿Tan pronto de vuelta en casa? se limitó á decir Carlos al notar la presencia de su esposa pero ¿qué tienes? se apresuró á preguntar cuando vió el demacrado y macilento rostro de Elena.

—Ah! Carlos, que desgraciados somos!

—¿Pero? qué sucede? esplicate.

—¡Nuestra hija, nuestra hija! ¡oh que horrible situación!

—Pero esplicate Elena ¿qué sucede? ¿que desgracia es esa? ¿está enferma Cármen? que es lo que pasa?

—Quisiera verla muerta y no deshonrada, contestó Elena bañado el rostro de amargas lágrimas arrancadas al recuerdo de aquella hija ingrata que tan mal retribuía el cariño que sus padres le profesaban.

—Ah! ya me lo sospechaba. Mi corazón de padre no me engañaba; pero ese miserable ha de purgar su infamia falta.

Rara coincidencia. En aquel momento Diego se enteraba por boca de Cármen de lo que sucedía, pidiéndole la sacara de la casa paterna.

Mientras los padres rogaban á Dios velara por la extraviada hija, el diablo se les arrebatava.

Cármen había quedado de acuerdo ya con su amante que esa misma noche á las doce ella lo esperaria fuera de la tapia del jardín para escapar ambos.

Carlos una vez enterado por Elena de lo que sucedía y sabiendo que las relaciones de Carmen y Diego databan de poco tiempo, abrigó la triste esperanza de que alejando á uno del otro y acortando el plazo señalado para el enlace de su hija con Eduardo, se podría conjurar la tormenta que vía desencadenarse sobre su familia.

Aquella noche, cuando á Cármen le avisaron que pasara al comedor contestó que se encontraba indispuesta y guardaría el lecho inmediatamente.

A los padres no les llamó la atención la determinación de la joven, y por el contrario, la encontraron lójica.

En cambio la joven temía se la obligara á ir á la mesa y entrar en esplicaciones con su padre cuya justa ira temía.

Con cuanta ansiedad esperaba la hora fatal en que con una nueva infamia sellaria para siempre su perdición!

Ninguno de los esposos quiso importunarla y Carlos seguro de que encontraría á Diego á quien suponía todavía ignorante de lo que pasaba, una vez terminada la triste comida se encaminó á su domicilio en busca suya.

Fueron inútiles todas las pesquisas que realizó para dar con el dorado calavera pues sospechando juiciosamente que el padre de su amada trataría de buscarlo á todo trance, su primer cuidado fué sustraerse á la acción de Carlos.

Lo que mas intrigaba á nuestro héroe era saber como había llegado á conocimiento de los padres de Cármen el pasado borrascoso de su vida miserable.

El ignoraba que muchas veces la providencia se encarga de castigar nuestros actos si son malos como los premia cuando son buenos, y la providencia había hecho llegar hasta Carlos la historia de su pasado que nunca le preocupó por que jamás creyó tener nada que hacer con quien tan malo había sido.

Por otra parte, no mortificó mucho su cerebro en averiguar lo que creía imposible descubrir como no fuera Carlos quien se lo manifestara y echando al olvido todo, se preocupó de lo mas interesante: el rapto de Carmen.

Cuando acercándose la hora en que de acuerdo con ésta debía ir en su busca, colocóse un par de pistolas al cinto tomó un carruaje é indicó al auriga la dirección de la casa de su amada.

Tomadas todas las medidas que la precaución le aconsejaba, lista la casa en que alejaría á la cauti-

va paloma y decidido á realizar su peligróna empresa, puso manos á la obra.

Parecía que un hado fatal guiaba sus pasos llevándolo al logro de sus impuros deseos sin tropiezo alguno. Podía decir como César: «Llegué ví y vencí.»

¿Logró aquel malvado realizar los funestos proyectos de su ruindad y perversión?

A la mañana siguiente á la noche en que esto sucedía, una madre cariñosa, esclava de su amor á una hija indigna de merecerlo, yacía en el lecho del dolor donde cayó para no levantarse más, presa de un ataque cerebral.

Elena no había podido resistir el rudo golpe que le asestara la desnaturalizada hija, y había perdido el juicio, amenazando, en uno de los accesos violentos de la enfermedad, concluir su existencia.

Desgraciadamente esto sucedió; tres días más tarde, aquel hogar antes tranquilo y risueño, en que unos tiernos y amantes padres veían su dicha en la felicidad de una hija adorada, era el asilo de la muerte: Elena entregó su alma al Creador rogando en uno de sus momentos lúcidos por la vida de aquella hija que la llevaba á la tumba.

Mientras tanto volvamos á nuestro protagonista.

Una vez que consiguió burlar la vigilancia paterna, fugando en brazos de su amante, su principal cuidado fué exigir de Diego marcharan lejos, bien lejos, donde permaciesen ignorados de aquellos á quienes habían causado tanto daño, hasta que el tiempo hechando el manto del olvido sobre su inicua acción permitiera

volver al lado de sus padres é implorar el perdón de sus faltas.

Pero Diego no pensó así, y en vez de acceder á la solicitud de Cármen, llevó á ésta á una casa lujosamente amueblada que de antemano tenia preparada en los suburbios de la ciudad aun cuando ignoraba que quien la habitaría sería la hija de Cárlos y Elena prometiéndole que inmeditamente arreglara ciertos asuntos que lo retenían en Buenos Aires, satisfaría sus deseos.

La existencia de los nuevos amantes en sus primeros dias no tuvo nada de particular.

Se amaban demasiado para preocuparse de otra cosa que de su amor.

Pero como si la muerte de aquella desgraciada madre hubiera venido á eclipsar la refulgente estrella de Diego, á los pocos dias sintió este que la fortuna que antes le había hecho su hijo mimado, le volvía la espalda.

Diego que jugaba y jugaba de una manera desenfrenada, habiendo raros ejemplos en que se levantara del tapete sin haber derrotado á sus adversarios ó por lo menos ganádoles fuertes sumas, vió con gran asombro que su suerte en el juego le era adversa

Perdía, perdía; sabe Dios cuanto perdía!

Su serenidad no era la misma, se dejaba llevar de frecuentes arrebatos y cuando más exitado se hallaba mayores sumas comprometía.

Ya no era el terrible jugador de antes.

Cuando se sentaba á la mesa de *goffo* ó *baracat* lo hacía con recelo como temiendo perder, lo que sucedía inmediatamente de emprender una partida.

Llegó un momento en que su desesperación no encontró límites arrojándose frenético, agitado, delirante, en las peligrosas partidas que otros más serenos ó más pillos le preparaban para recuperar el dinero que antes les ganara.

Por ese camino pronto arribó á la cúspide de su ruina en poco tiempo mas no hubo quien le mirara sinó con compasión.

Toda esa nube de aduladores que antes eran los primeros en aplaudir sus triunfos, seguros de sacar resultado provechoso, ahora al verlo arruinado había desaparecido contribuyendo á amargar mas la existencia gastada de aquel hombre arrojado al mar de las pasiones humanas cual débil barca á merced de las embravecidas olas del borrascoso océano.

Cármen que ignoraba el genero de vida de su amante y que lo veía sufrir tan hondamente lloraba á solas su infortunio y maldecía la hora en que cegada por un nécio orgullo, habíase precipitado en el abismo de su ruina.

¡Cuántas veces estrañaba las tranquilas horas del hogar paterno! ¡cuántas veces llegaban hasta ella el recuerdo de aquella existencia feliz!

Pero ¿cómo volver á ella?

Ah! entonces recién apreciaba todo lo enorme de su desgracia; derramaba lágrimas de fuego que al

correr tranquilas y silenciosas por sus tersas mejillas, le quemaban lo mas íntimo del corazón.

Por fin Diego, dando ancho campo á sus pasiones desordenadas y seducido por la esperanza de ver renacer los días de su esplendor pasado, llegó hasta jugar sus joyas, y luego los muebles de la casa en que habitaba Carmen, que como todo, fué á engrosar la enorme masa de sus pérdidas.

Aquella fué una noche en que, mas desesperado y frenético, quizo poner término á una lucha que se había hecho ya imposible para él.

Cuando salió del club en que había perdido todo su caudal y la tranquilidad de una inocente joven seducida por su maldad, la luna lanzaba sus destellos en un inmenso cielo cubierto de relucientes estrellas; la calma y el reposo se extendía por doquier, cotrastando con la borrascosa tempestad que rugía dentro de aquella alma sedienta de miseria y de ruindad.

—¡Todo he perdido! se dijo, nada me queda! y cómo soporto el triunfo que mañana aplaudiran mis enemigos?

Nó, yo que los he humillado; yo que me he reido de las miserias y las preocupaciones del mundo y la sociedad; cuando derrochaba el oro á manos llenas, no es posible que me vea escarnecido mañana,

Y con paso sereno y decidido, se encaminó hácia el Paseo de Julio.

Al dia siguiente decía «La Nacion» «Suicidio—
«A altas horas de la noche, los agentes al servicio de

la sección primera de policía, encontraron en un banco del Paseo de Julio, el cadáver de un hombre decentemente vestido, que aún conservaba en la mano derecha el arma de que se había servido para arrebatarse la vida.

No se ha podido indentificar su persona, pues no se ha encontrado en su poder objeto ni papel alguno, que pueda horientar á la policía en sus averiguaciones.»

Ese mismo día se presentaban á Cármen los nuevos dueños del ajuar que adornaba su casa, reclamando el inmediato desalojo por falta de pago.

Estupefacta la jóven, sin saber lo que le sucedía, resolvió esperar á su amante, que escusado es decir no se presentó.

Los acreedores volviéron á asediarla, hasta que por fin desesperada, al verse abandonada por el hombre á quien había sacrificado su honor y la existencia de quien le dió el sér, despreciada por su padre que no se había dignado contestarle una carta en la cual solicitaba su perdon, resolvió entregar á sus dueños aquello que no le pertenecía.

Solicitó plazo hasta el día siguiente, que le fué concedido, y aquella noche bebiendo una solución de fósforos, la desgraciada niña aumentó el largo catálogo de las que despreciadas por sus amantes, ó arrepentidas al verse arrojadas en la repugnante senda del vicio, ponen fin á su existencia como único lenitivo á sus males.

Convulsa, frenética, llena de dolor, en los últimos

instantes de la vida que se había señalado, escribió la siguiente carta:

«Padre mio: Escucha las últimas palabras de tu desgraciada, hija que el arrepentimiento la invade en este doloroso instante.

Perdonadme, padre querido, la grave mancha que he arrojado sobre tu dignidad de padre y la acrisolada honradez de hombre, amargando los últimos instantes de tu existencia.

Cuando contemplo la copa que encierra el veneno que cortará el hilo de mi amarga vida, hasta hace poco tan feliz y tranquila, me siento orgullosa, porque si bien tuve valor para sembrar de espinas el camino de tu existencia, él no me faltó en el momento en que creí con mi vida, pagar la inmensa deuda de honra que me lleva á la tumba.

Perdonad á tu desgraciada hija—

Cármén.»

—¿Y Carlos? me dirán los lectores?

Es uno de esos tantos desgraciados que recorren las calles de Buenos Aires, mendigando de sus habitantes, el bocado de pan que alimenta á su miserable cuerpo cubierto de llagas producidas por la vida verdaderamente salvaje que llevan.

El pobre hombre no ha olvidado los días de su antiguo esplendor y cuando se le presenta á su mente, una lágrima silenciosa corre por sus pálidas y demacradas mejillas.

Y para evitar preguntas, diré que Eduardo el novio de Cármen no se apesadumbró demasiado por la mala jugada de su prometida y poco tiempo despues, se casó y vive feliz y dichoso precisamente en la calle Santa Fè, en la misma casa que ocuparon en otro tiempo los padres de la que hubo de ser su esposa.

FIN



PRÓLOGO

El tema que he elegido para desarrollar mi primer ensayo literario, es uno de esos tantos ejemplos que la sociedad nos ofrece á cada paso, en que vemos á hijos ingratos sepultando en la tumba del dolor y la ignominia á sus padres, culpables de haber sacrificado su bienestar y tranquilidad, deseosos de abrir una senda que conducirían á esos seres queridos, orgullo de su existencia, á la felicidad que para ellos ambicionaban.

Unos padres que aman entrañablemente á una hija que no responde al cariño que le profesan los autores de sus días, y cuando ellos creen haber llegado á la realización de sus risueñas esperanzas, ella, entregando su corazón á un malvado que la seduce, ocasiona su muerte, quitándose igualmente la vida después de apurar la copa del desengaño y el dolor.

Tal es el fondo de «Cármén» que espero encontrara sinó aceptación, benevolencia en quienes se dignen leerla.

EL AUTOR.

L CASA 75-5